

La identidad y el proceso de la identificación

Por ENRIQUE GUARNER

La novela póstuma incompleta de Tomás Mann «Las confesiones de Félix Krull», que fuera publicada en 1958, constituye un claro ejemplo de la identificación negativa con un impostor. Según el escritor de Lubeck el protagonista es investido en sus fantasías infantiles para representar a un director de orquesta y posar como modelo para un gran artista. Su padrino lo viste con una toga para tocar la flauta como un emperador romano, también en calidad de un paje inglés, un torero español, un abate, un oficial austriaco y hasta un montañista alemán.

Debido a la bancarrota del padre y su posterior suicidio, Félix se transforma en un explotador de mujeres, un ladrón de joyas y se mezcla con el «haute monde», mientras trabaja como ascensorista en un hotel de moda en París. Cuando llega el momento sus previas experiencias le permiten personificar a un marqués y otras ocupaciones. Podría decirse que la aplicación de su talento histriónico fue establecido durante su infancia y adolescencia.

La identificación no es más que la incorporación o adopción consciente o inconsciente de actitudes y conductas de otros individuos. En general, el propósito de esta reacción es incrementar el sentimiento de aceptación o seguridad, admitiendo las cualidades de los demás por lo que los psicoanalistas solemos denominar defensivo al mecanismo.

Probablemente la identificación resulta un factor fundamental para establecer nuestros patrones y metas conductuales. El proceso comienza con la admiración del niño hacia sus padres a los que quiere alcanzar por considerarlos superiores.

Se podría afirmar que el fenómeno de la imitación es de gran trascendencia y que puede ser observado en los animales desde las especies inferiores hasta aquellas que tienen un mayor desarrollo dentro de la escala zoológica. Por ejemplo, si se provoca la fuga de un grupo de langostas, logrando su separación, se verá que pronto tienden a reunirse para reconstruir la alineación. Tal vez existan en la biología dos tipos de imitación, una que no requiere precisamente de inteligencia, sino de atracción y otra que es inconsciente y que surge en forma espontánea.

Entre las aves, los loros son los que mejor se comunican y copian los sonidos que les rodean. De los mamíferos, los primates resultan sumamente sociables y se ha observado que cuando perciben movimientos en otro de su misma especie que goce de algo apetecible se ve impulsado a realizar la misma acción. Por ejemplo, si un mono observa que otro al sumergirse en el agua o aproximarse a determinado lugar disfruta de un alimento, efectuará la misma maniobra con el deseo de gozar de idéntica comida. Sin embargo, cabe preguntarse si han reflexionado al hacer el gesto, puesto que los niños primero imitan y después comprenden el motivo de su acto.

Resulta curioso el que aún las instituciones se trasplantan de un pueblo a otro, sin pensar en las idiosincrasias del país que las copia. es por ello que Samuel Ramos en «El perfil del hombre y la cultura en México» que data de 1934 nos decía:

«En último término la imitación ha determinado en la vida mexicana un efecto que no ha llamado suficientemente la atención a los historiadores y que es sin embargo, fundamental para entender nuestro inmediato pasado. Consiste en el desdoblamiento de nuestra vida en dos planos separados, uno real y otro ficticio. Tal disparidad sólo es advertida por quien observa los hechos con la

perspectiva del tiempo, más para los hombres que estaban sumergidos en ellos, en los que no existía diferencia entre la realidad y la ficción. Por ejemplo, cuando es promulgada una Constitución, la realidad política tiene que ser apreciada a través de ella, pero como no coincide con nuestro modo de actuar todo lo que se haga aparece como inconstitucional. El lector tiene que hacerse cargo de lo que queremos decir puesto que si la vida se desenvuelve en dos sentidos distintos, por un lado la ley y por el otro lo realizable, ella será siempre ilegal; y cuando en medio de esta situación abunda el espíritu de rebeldía ciega, dispuesta a estallar con el menor pretexto, nos explicamos la serie interminable de revoluciones que hicieron del siglo XIX mexicano un círculo vicioso».

Samuel Ramos tenía razón al decirnos que las fórmulas importadas de Europa o de Norteamérica, no resultan operativas en un país incapaz de ejecutarlas y hacerlas valer.

Psicología de la identidad

Como hemos visto, la identificación es un concepto dinámico introducido por Sigmund Freud para explicar las transformaciones por las que atraviesa la relación del hijo con sus padres. Posteriormente el descubridor del Psicoanálisis empleó el término como una forma de actuar del yo dentro de los grupos. Estas dos funciones dieron lugar a distinguir un par de situaciones dentro del proceso de la identidad, una referente al crecimiento normal y otra como una defensa contra ciertos peligros.

El conocimiento nulo que el niño posee al nacer lo hace totalmente dependiente y para poder dominar el ambiente que le rodea incorpora dentro de sí mismo las características de aquellos que considera fuertes o mejor dotados. Es por ello que desde fines del primer año acepta sus prohibiciones y retiene la capacidad para seguirse identificando. La percepción y selección de cualidades de los padres son internalizadas y se asimilan provocando cambios internos a través de los cuales se ejecutan e emitan sus actos. Incluso podría afirmarse que el primer paso para obtener la autonomía se alcanza copiando. Erik Erikson en su libro «Identity youth and crisis» de 1968 nos señala: «Ella comienza a desarrollarse en el momento en que el niño reconoce a su madre y se siente reconocido. Es la voz que le dice que es alguien y que es bueno la que le da la individualidad».

Las imágenes aprobatorias o que proscriben se van estableciendo en forma inconsciente hasta llegar a la adolescencia cuando hacen crisis. Esto se produce por integración de imágenes previas, muchas de las cuales fueron negativas e inaceptables. Si los afectos de los padres resultaron ambivalentes o hipócritas, el joven buscará nuevas figuras a quienes admirar.

Esta independencia da lugar a que la persona entre a formar parte de grupos, sociedades o naciones, en las que el líder representará a una nueva figura paterna y los demás miembros los hermanos. Es decir, que las imágenes tempranas buenas y malas seguirán jugando un papel importante en nuestras fantasías. Es por ello que Freud tenía razón cuando afirmaba: «La liga mutua entre los miembros de un grupo está basada en una cualidad común que está siempre sujeta al líder». Lógicamente que un gobernante egocéntrico que pretende simpatizar con las izquierdas demandando una mayor igualdad, cuando en el fondo amasa una fortuna considerable, no permite ninguna identificación sólida. De la misma manera un líder no debería expresar ni actuar abiertamente la sexualidad porque traerá problemas de identidad en sus gobernados que por razones obvias carecen de las prerrogativas que las investidura le otorga. Por último, tampoco nos sirve de guía alguien que cuando el país sufre una catástrofe actúa en forma indiferente y no acepta hasta el final la ayuda que las otras naciones le ofrecen.

En conclusión, Félix Krull en la magnífica novela de Tomás Mann o muchos de nuestros líderes son impostores que asumen identidades ficticias, no porque carecen de inteligencia o habilidades, sino por apropiarse de papeles megalómanos y grandilocuentes que son falsos. Ellos no permiten identificación alguna y deben ser repudiados por la sociedad o por los pueblos.